CENTRO GENERAL DE ADMINISTRACION.

GALERÍA DRAMÁTICA.

LAS MANOS BLANDAS.

PRECIO 12 RS.

S. H. G.

MADRID.—1860.

IMPRENTA DE CRISTOBAL GONZALEZ,
calle de Pelayo, núm. 26.

LAS MANOS BLANDAS.

COMEDIA EN TRES ACTOS,

ARREGLADA DEL FRANCÉS

POR

DON JOSÉ MARÍA GARCÍA.

Estrenada con gran aplauso en el Teatro de Lope de Vega, en la noche del 27 de Enero de 1860, á beneficio de dicho señor.



MADRID.

IMPRENTA DE CRISTOBAL GONZALEZ.

Pelayo, 26.

1860.

PERSONAGES.	ACTORES.
D. LUIS FIGUEROLA.	D. JULIAN ROMEA.
D. BRUNO COTON.	D. ENRIQUE ARJONA.
D. EDUARDO FARANDULA. .	D. FLORENCIO ROMEA.
D. ADOLFO DE GUZMAN. . .	D. JOSÉ ALBALAT.
DOÑA ISABEL.	DOÑA CÁRMEN CARRASCO.
ENRIQUETA.	DOÑA CÁRMEN BERROBIANCO.
LA CONDESA DE CARVAJALES.	SRA. DOLORES GOMEZ.
PEDRO.	SR. ALISEDO.
UN TAPICERO.	SR. GARRALON.
UN MANCEBO DE TIENDA. . .	SR. DIEZ.

La propiedad de esta comedia pertenece á los señores Salas, Helguera y Gaztambide, que perseguirán ante la ley al que la reimprima ó represente sin su permiso.

Los corresponsales y agentes del CENTRO GENERAL DE ADMINISTRACION son los encargados esclusivos de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

713372

Digitized by the Internet Archive
in 2018 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/lasmanosblandasc00unse

ACTO PRIMERO.

Salon.—Puerta al fondo y laterales.—Chimenea á la izquierda.—Velador con papeles y recado de escribir á la derecha.—Muebles elegantes.

ESCENA PRIMERA.

D. BRUNO *por la puerta de la izquierda; luego* PEDRO.

BRUNO (Dentro.)

Pedro! Pedro! (Saliendo con muchas cartas en la mano.) Pero señor, no hay nadie en esta casa? (Toma una campanilla del velador y la toca con violencia.) Hola! Eh! No hay nadie? Parece increible!... (Vé el cordon de la campanilla que está junto á la chimenea, y tira de él con fuerza, sin dejar de tocar la campanilla que tiene en la mano.)

PEDRO.

Qué trapisonda! Qué ruido! Ah! si es el padre de la señorita!

BRUNO.

Creí que no vendrias hoy.

PEDRO.

Se ha levantado usted ya?

BRUNO.

Cómo ya! y son más de la siete de la mañana! Y he escrito ocho cartas.

PEDRO.

Está usted indispuesto?

BRUNO.

No: te he llamado para que me traigas sellos de franqueo.

PEDRO.

Para eso no tenia usted necesidad de repicar á dos manos. Aquí ha de haber sellos. (Dándole una cajita.) Acá los compramos por junto.

BRUNO.

Así habrá para todos.

PEDRO.

Si hubiera uno de hacer un viaje cada vez que se necesita...

BRUNO.

Por qué no? (Se sienta.) Oye!

PEDRO.

Qué?

BRUNO.

Mañana éntrame el agua para afeitarme, antes de las seis.

PEDRO.

Tan temprano, señor!

BRUNO.

Temprano! Te parece bien que salga sin afeitarme á la calle, ó que me afeite á la hora de meterme en la cama? Pero chico! no habia reparado... Has engordado lo mismo que un cerdo.

PEDRO.

Gozo buena salud.

BRUNO.

Cuando estabas á mi lado parecias un alambre.

PEDRO.

Ya lo creo! como que usted no me dejaba parar!

BRUNO.

El ejercicio es muy saludable. Ya te arrepentirás de haberte venido con mi yerno. Te se van á juntar las mantecas. Bien, que mientras permanezca aquí con vosotros, yo procuraré que te se disminuya ese vientre.

PEDRO.

Muchas gracias! A mí no me estorba...

BRUNO.

Con todo; la gordura á tu edad suele tener fatales consecuencias.

PEDRO.

Y vá usted á estar mucho tiempo aquí?

BRUNO.

Tres ó cuatro semanas... lo indispensable para terminar los asuntos que me han traido á Barcelona. No hace todavia veinticuatro horas que he llegado de Reus, y ya estoy aburrido, fastidiado. Yo necesito movimiento, actividad.

PEDRO.

Eso... eso... cuanto más pronto despache usted...

BRUNO (Sacando una lista muy larga.)

Veamos lo que tengo que hacer hoy. «Ir á la aduana, al banco, al puerto, á la Lonja, comprarme dos pañuelos, adquirir noticias sobre un tal don Eduardo Topete, que me proponen para yerno, ir...» A qué hora es el desayuno?

PEDRO.

A las once.

BRUNO.

Muy bien: tengo tiempo para llegarme entretanto al muelle. Hasta luego! (Se vá por el fondo.)

ESCENA II.

PEDRO.—*A poco* D. EDUARDO.

Si yo tuviera, como él, seis millones, ya era fácil que me levantase á las seis, ni que anduviese de ceca en meca haciendo negocios! Hay mejor negocio que estarse tendido en la cama ó en una butaca? (Se sienta.) Y dice que estaba delgado en su compañía! como que nunca me dejaba parar cinco minutos seguidos... Gracias que no he entregado la piel! Qué diferencia entre él y su yerno! Mi amo es un ángel! Nunca tiene nada que mandar ni prisa; todo le parece bien... (Mirando el reloj que está sobre la chimenea.) Las ocho y media. Si pudiera echar otro sueño! El amo no se levantará hasta las once... (Llaman dentro.) Han llamado! Este será don Bruno; como si lo viera. Se le habrá olvidado algo... (Se levanta.—Aparece D. Eduardo, que se aproxima con misterio.—Aparte.) Qué traerá este hombre?

EDUARDO.

Sabe usted si han traido una cuenta á su amo de usted?

PEDRO.

No he visto... pero si ha venido alguno, le habrán dicho que vuelva más tarde.

EDUARDO.

Gracias á Dios! he llegado á tiempo. (Se quita el sombrero y se arregla el cabello, tratando de cubrirse la calva.) Quiere usted decir á don Luis, que su amigo Eduardo quiere verle? Eduardo Farándula...

PEDRO.

El amo está durmiendo, y tiene dada órden de que no se le incomode.

EDUARDO.

En sabiendo que soy yo... Puede usted avisarle sin cuidado ninguno.

PEDRO.

Si usted carga con la responsabilidad... Allá voy. (Entra por la derecha.)

ESCENA III.

EDUARDO.

Cómo se vá á divertir cuando sepa... He tomado su nombre para hacer el amor á una bailarina del Liceo... Temiendo que halagase poco su vanidad mi prosáico apellido, supuse llamarme D. Luis Figuerola, y al instante consintió que me hiciese cargo de ponerla la casa, cuya gracia me proporciona un desembolso de cien mil reales... (Mirándose al espejo y arreglándose los cabellos.) No es muy barata; pero soy un calavera completo. A principio de año aparto una cantidad para mis entretenimientos, y me dato de ella en el libro de caja, bajo el concepto de imprevisto. Nunca gasto un maravedí más de lo estipulado; de modo que tengo órden en medio del desórden. La sílfide dijo al tapicero cuando la presentó la cuenta, que ignoraba mi casa; y como no he podido encontrarle, andará en busca de Figuerola; pero como si dan con la pista puede haber un conflicto... es preciso darle el dinero á Luis y prevenirle, pues nada sabe y podria echarlo á perder. No creo que se enfade; es un hombre soltero, y no...

ESCENA IV.

EDUARDO.—PEDRO.

PEDRO.

Qué hay?

EDUARDO.

El señorito estaba durmiendo... le desperté... me ha llamado animal... yo le dije: es el señor don Eduardo...

EDUARDO.

Su amigo Farándula.

PEDRO.

Justamente.

EDUARDO.

Y qué te respondió?

PEDRO.

Se ha vuelto del otro lado, contestándome: díle que se vaya... á tomar el aguardiente, y me traiga de camino la compra.

EDUARDO.

Es el mismo. No ha cambiado en los dos años que hace que no le veo. Tengo una cita á las nueve... Volveré... dígale usted que me espere. (Váse.)

PEDRO.

Está bien. Aquí vienen las señoras. Hoy todos madrugan! (Váse.)

ESCENA V.

ISABEL.—ENRIQUETA.

ENRIQUETA.

Con que eres tan dichosa?

ISABEL..

Mucho.

ENRIQUETA.

No sientes haberte casado?

ISABEL.

Al contrario! Luis es tan bueno, tan amable!...

ENRIQUETA.

Con que es una excepcion de la regla?

ISABEL.

Me ama. No se separa de mi lado un solo minuto, me acompaña á todas partes, hasta cuando quiero ir á tiendas ó á la casa de mi modista.

ENRIQUETA.

Entiende de modas?

ISABEL.

Lo mismo que una mujer.

ENRIQUETA.

Qué fortuna! Quieres prestarme á tu marido?

ISABEL.

Para qué?

ENRIQUETA.

Necesíto comprarme un sombrero y no quiero que papá me acompañe. Tiene tan mal gusto!... No le agradan más que los colores fuertes!...

ISABEL.

Sabes en lo que pienso cuando te miro?

ENRIQUETA.

No.

ISABEL.

En buscarte un esposo tan bueno como Luis. (Se sientan.)

ENRIQUETA.

Y si yo lo hubiese encontrado?

ISABEL.

Qué dices?

ENRIQUETA.

Chits! Si prometes guardarme el secreto...

ISABEL.

Cuenta, cuenta.

ENRIQUETA.

Es un jóven muy tímido; pero que se explica muy bien. Lo vimos en Tarragona en la temporada de baños.

ISABEL.

Es Adolfo?

ENRIQUETA.

El mismo! Ahora recuerdo que tú tambien le conoces.

ISABEL.

No me parece mala eleccion. Es de buena familia... Tiene una educacion esmerada...

ENRIQUETA.

Ya lo creo! Se presentó en casa con una carta para papá... Desde entonces continuó visitándole con alguna frecuencia; pero como venia casi siempre á las horas en que papá estaba despachando el correo, y era preciso recibirle... yo...

ISABEL.

Comprendo.

ENRIQUETA.

Apesar de su timidez, llegó á tener confianza conmigo, y un dia me confesó que solo se consideraria dichoso si llegaba á poseer mi amor y mi mano.

ISABEL.

Hola! hola! El tímido!

ENRIQUETA.

Si estaba más turbado que yo!

ISABEL.

Y tú, qué le respondiste?

ENRIQUETA.

Yo... nada... bajé los ojos... y él se despidió prometiéndome que nos visitaria cuando llegásemos á Barcelona.

ISABEL.

Veremos si cumple su palabra. Le dijiste dónde veníais á parar?

ENRIQUETA.

Por supuesto. Pero no es fácil que haya podido averiguar mi llegada. Como es tan... respetuoso y tan tímido!

ISABEL.

Es verdad!

ENRIQUETA.

Si pudiéramos prevenirle indirectamente...

ISABEL.

Qué estás diciendo, muchacha?

ESCENA VI.

DICHAS.—PEDRO.—ADOLFO.

PEDRO.

(Anunciando.) El señor don Adolfo de Guzman.

ENRIQUETA (A Isabel.)

Ahí está!

ISABEL.

Será tímido, pero no pierde el tiempo!

ADOLFO.

Señora... Señorita... Dispénseme usted que haya venido tan temprano; pero he sabido la llegada del señor don Bruno...

ISABEL.

Usted es dueño de venir á esta casa á la hora que guste.

ENRIQUETA.

De usted estábamos hablando.

ADOLFO.

Ah!

ISABEL. (Bajo á Enriqueta.)

Calla! (Alto.) Es extraño que haya usted podido averiguar tan pronto... Mi padre llegó anoche...

ADOLFO.

A las diez y cuarto; pero yo no lo supe hasta las diez y media...

ISABEL.

¿Será indiscrecion preguntar á usted cómo ha logrado adquirir la noticia?

ADOLFO.

Muy fácilmente, señora... Por el portero á quien me he permitido gratificar para que me diera el aviso.

ISABEL. (Ap.)

Vamos, que á pesar de su timidez...

ENRIQUETA.

Ha seducido al portero!

ISABEL.

Mi padre agradecerá mucho el cuidado que usted ha tenido en ser el primero en visitarle.

ADOLFO.

Debo tales atenciones al señor don Bruno, es tan amable tan afectuoso...

ISABEL.

Ciertamente; pero dígame usted: se dirigia á él solo esta visita?

ADOLFO (Con timidez.)

Señora...

ENRIQUETA.

Mi hermana lo sabe todo. Es nuestra aliada.

ADOLFO.

Es posible, ¿usted se dignaria interesarse...

ISABEL.

En la felicidad de mi hermana? Sí señor.

ADOLFO.

Pues entonces no debo ocultar á usted el objeto principal de mi visita. Deseaba obtener el consentimiento de la señorita Enriqueta, para pedir hoy mismo su mano. Mi hermana que es el gefe de la familia, se ha hecho cargo de esta comision, y si usted se digna presentarla á su padre...

ISABEL.

¿Tan pronto?

ENRIQUETA.

Te parece pronto! Bien se conoce que estás ya casada.

ADOLFO (Levantándose.)

¿Qué hora les parece á ustedes la más apropósito para hablar al señor don Bruno?

ESCENA VII.

DICHOS.—D. BRUNO.

ENRIQUETA.

Aquí le tiene usted.

BRUNO. (Entrando.)

Me he retrasado?

Isabel (Presentando á Adolfo.)

Su amigo de usted, el señor don Adolfo de Guzman.

Bruno (Tratando de recordar.)

Guzman!...

Enriqueta.

Adolfo!... El que nos visitaba en Tarragona.

Bruno.

Ah! sí. Caballero!...

Adolfo.

Señor don Bruno...

Bruno (Aparte.)

Vaya un dije! De qué servirá en el mundo semejante embeleco?

Adolfo.

Aprovecho esta ocasion para reiterarle mi agradecimiento, por las deferencias que le merecí en Tarragona.

Bruno.

No hay de qué. Cuando un corresponsal mio me gira una letra, la pago, y nada tiene que agradecerme quien la cobra. Usted me trajo una carta de crédito de la casa Pallete y compañía... Sabe usted cómo está el señor Pallete?

Adolfo.

Supongo que no tendrá novedad.

Bruno.

Amigo, ha hecho un gran negocio en añil. Yo iba á emprenderle; pero se me adelantó... no le guardo por eso rencor. Entre comerciantes!... Además tengo yo uno entre manos... (Saca la cartera, se sienta junto al bufete y escribe.)

Adolfo (Aparte á Enriqueta.)

Voy á hablarle del mio.

Enriqueta.

Ahora no.

Adolfo.

Por qué?

Enriqueta.

Porque cuando se ocupa del comercio, no hace caso de nadie. Vaya usted á buscar á su hermana; nosotras procuraremos prevenirle entretanto.

ADOLFO.

Pues hasta luego. Señoras... Señor don Bruno...

BRUNO.

Vaya usted con Dios. Expresiones al señor de Pallete.

ADOLFO.

Gracias. (Se vá.)

ENRIQUETA.

Te dejo sola con él. Háblale de Adolfo y prepárale para recibir á su hermana. (Se vá por la derecha.)

ESCENA VIII.

BRUNO.—ISABEL.

ISABEL.

Es muy amable ese jóven.

BRUNO.

Cuál?

ISABEL.

Cómo cuál? El que acaba de marcharse.

BRUNO.

Ah! si. Y lleva muy bien puesta la corbata: debe emplear una buena parte del dia en esa operacion. A propósito de corbatas... acabo de comprar dos pañuelos... (Deslia un papel y saca dos pañuelos de hilo de los llamados de yerbas.) Qué tal te parecen?

ISABEL.

Son demasiado fuertes.

BRUNO.

Yo estoy por lo sólido... (Los guarda en el bolsillo.) Luego diré á tu hermana que me los haga el dobladillo. Dónde anda tu esposo? No le he visto hoy todavía.

ISABEL.

No tardará en levantarse.

BRUNO.

Cómo levantarse!

ISABEL.

Si es muy temprano!

BRUNO.

Temprano, y van á dar las once!

ISABEL.

Debe estar muy cansado. Anduvo ayer mucho. Fuimos á ver una coleccion de camélias...

BRUNO.

Camélias?

ISABEL.

Y por cierto que las habia preciosas. Luego me acompañó á casa de mi modista; hicimos cuatro ó cinco visitas, y todas á pié.

BRUNO.

De la misma manera he ido yo al Puerto, á Gracia, á Sarriá, y no estoy cansado.

ISABEL.

Por la noche estuvimos en el teatro...

BRUNO.

Camélias!... Modistas!... Teatros!... Y cuándo hace los negocios?

ISABEL.

Qué negocios?

BRUNO.

Los de su empleo... los de su oficina... en fin, los que sean, porque yo no sé... Como nunca me ha dicho en sus cartas qué clase de ocupacion ha tomado á su cargo, y eso que con arreglo á la cláusula 27 de nuestro tratado, estipuló al casarse contigo que habia de hacer algo. Conque vamos á ver, en qué se ocupa?

ISABEL.

En primer lugar, examina las cuentas mensuales de su administrador...

BRUNO.

Eso es un dia. Y luego?

ISABEL.

Luego... me ama...

BRUNO.

Eso es un deber, y no una profesion. Y luego?

ISABEL.

Luego... somos felices.

BRUNO.

Felices sin hacer nada? Es decir que tengo un yerno que se pasa la vida amándote con los brazos cruzados!

ISABEL.

Pero papá!

BRUNO.

Esto no puede seguir así. El heredero de la casa Coton de Reus no puede ser un vago, un ocioso. Además es preciso que cumpla el contrato.

ESCENA IX.

DICHOS.—DON LUIS.

LUIS.

Buenos dias, mi querido papá.

BRUNO.

Buenos dias, caballero. (Aparte.) Tambien se ha puesto gordo! Todos engordan en esta casa!

LUIS.

Me han dicho que estaba usted ya levantado...

BRUNO.

Yo he estado ya hoy en el Puerto, en Gracia, en Sarriá...

LUIS.

Bonito paseo. ¡Mi querida Isabel! (Queriendo abrazarla.) Me permite usted?..

BRUNO.

Haga usted lo que quiera.

LUIS.

Amo tanto á mi esposa! Ignoro si es feliz el Gran Turco; pero lo que es yo no cambiaria mi felicidad por la suya, ó mejor dicho, por las suyas, pues segun parece, la coleccion es variada. Ya que usted lo permite... (Vuelve á abrazarla.)

BRUNO.

Otra vez! Yo creia que ya habria pasado la luna de miel.

LUIS.

Yo no sé si ha pasado; pero el sol de la felicidad no se pone nunca en los dominios de nuestro amor.

ISABEL (Tomándole la mano.)

Luis? (Se acerca á la chimenea y arregla las flores.)

LUIS (A D. Bruno.)

Es un ángel! Cómo vuelan las horas cuando estoy á su lado, cuando escucho su acento y contemplo su rostro. Así es que no acierto á separarme de ella.

BRUNO.

Buen modo de aprovechar el tiempo!

LUIS.

No comprendo que pueda aprovecharse mejor.

BRUNO.

Así irán los negocios!

LUIS.

Quién habla ahora de negocios? Pero no la extraño: en el comercio no se sabe qué cosa es amor.

BRUNO (Picado.)

Que no sabemos amar? Yo he sido un buen esposo, he tenido dos hijas, en tanto que usted...

LUIS.

Todavía no es tarde.

ISABEL.

No digas tonterías!

LUIS.

Yo no tengo la culpa! cuando se me piden cuentas de...

ISABEL.

Basta...

BRUNO.

Esto no se puede sufrir. (A Isabel.) Vete con tu hermana.

ISABEL.

Por qué?

BRUNO.

Tengo que hablar con tu marido.

ISABEL.

Hasta luego, Luis. (Bajo á Luis.) Parece que tiene mal humor. No le incomodes con tus bromas. Adios.

LUIS (Cogiéndola las manos.)

Adios!

BRUNO (Aparte.)

Otra caricia! De este modo es imposible que pueda prosperar una casa! (Se va Isabel.)

ESCENA X.

D. LUIS *y* D. BRUNO.

LUIS.

Conque, qué tal el viaje? Están todos buenos en Reus?

BRUNO.

Sí señor: todos están buenos, todo el mundo trabaja.

LUIS.

Me alegro!

BRUNO.

Tenemos que hablar. Tome usted una silla.

LUIS.

Con mucho gusto. (Aparte.) Qué tono tan solemne.

BRUNO.

Yo no sé explicarme como usted: yo no entiendo otro lenguaje que el de los negocios, y me voy derecho al asunto.

LUIS.

Diga usted lo que quiera.

BRUNO.

Hace un año que me pidió usted la mano de mi hija. Usted no poseia más que una galería de cuadros, restos de la antigua opulencia de su aristocrática familia; y como yo era dueño de una inmensa fortuna, claro está que no me podia convenir la alianza.

LUIS.

Lo creo.

BRUNO.

Pero mi hija se habia enamorado de usted no sé como...

LUIS.

Como yo me habia enamorado de ella.

BRUNO.

Las mujeres pierden la chaveta cuando ven un hombre que viste á la moda, que tiene fama de valiente...

LUIS.

Es natural...

BRUNO.

Y es posible que á mi hija le halagase la idea de llamarse vizcondesa de Alamo...

LUIS.

Isabel no ha pensado nunca en negocios, lo mismo que yo.

BRUNO.

Sea lo que quiera; lo cierto es que le di á usted á mi hija, y un dote de sesenta mil duros.

LUIS.

Perdone usted. Es preciso hacer constar que yo no tuve noticia de esa circunstancia hasta el dia de la boda. Solo sabia que amaba á un ángel... luego averigüé que el ángel era rico... Esto me contrariabr algo; pero no creí que debia renunciar por eso á mi felicidad.

BRUNO.

Picht!

LUIS.

Qué quiere usted decir?

BRUNO.

Nada... Continúo: yo consentí en la boda y entregué el dote, bajo la condicion expresamente estipulada con su tio de usted, que fué con quien arreglé todos estos asuntos, de que se habia usted de ocupar en algo.

LUIS.

Ignoraba esa cláusula.

BRUNO.

Llego de Reus, y los veo á todos gordos y robustos; averiguo que se levanta usted á las once, que vá á ver camélias, que acompaña á su mujer á casa de las modistas... que pasa usted la tarde paseando por la rambla, la noche en el teatro, y... en fin, que por no servir absolutamente para nada, ni aun tiene usted un hijo despues de un año de matrimonio.

LUIS.

Crea usted, papá suegro...

BRUNO.

Eso es vergonzoso.

LUIS.

Permítame usted...

BRUNO.

Vivir en la ociosidad, un muchacho robusto y fuerte como usted.

LUIS.

No querrá usted que me ponga á cabar la tierra!

BRUNO.

No se trata de cabar la tierra; pero ahí está el comercio, la industria... Es preciso emplear en algo el dinero.

LUIS.

Se figura usted que yo no lo empleo?

BRUNO.

En qué?

LUIS.

En pagar lo que gasto.

BRUNO.

Magnífica especulacion!

LUIS.

Pero papá, si nadie consumiese, de qué vivirian los productores? Además, el que consume trabaja tambien.

BRUNO.

Con las muelas.

LUIS.

Qué quiere usted! Yo tengo horror á las empresas, á las sociedades, á las especulaciones...

BRUNO.

Convenido: no todos entienden los negocios; pero cuando no se puedo uno ocupar en el comercio, pide un empleo...

LUIS.

Un empleo? A quién?

BRUNO.

Al gobierno.

LUIS.

Cree usted que es tan fácil conseguir un destino?

BRUNO.

No; pero con las relaciones que usted tiene... Ya verá usted cómo

cuando yo sea viejo y no pueda ocuparme de los negocios, le pido al gobierno una placita para descansar.

LUIS.

Como se entra en un cuartel de inválidos! Tambien á usted se le ha pegado la manía de nuestra época! El artista, el escritor, el artesano, en fin, todos los españoles creen tener derecho á que los mantenga el Estado, y se juzgan aptos para desempeñar toda clase de destinos. Verdad es que aun los que no saben leer ni escribir, critican las obras ajenas, censuran al gobierno, y creen entender más de achaques de guerra, que los generales que mandan los ejércitos. Qué felicidad! Y cuando todos sean administradores, quiénes serán los administrados? Bien que se pueden traer de la China, pagando el derecho de introduccion...

BRUNO.

No tengo ganas de bromas.

LUIS.

Ni yo: y así le aseguro á usted que no pienso ser nunca empleado.

BRUNO.

Por qué?

LUIS.

En primer lugar, porque no he hecho estudios especiales.

BRUNO.

No es bastante razon.

LUIS.

Además, porque careciendo de los conocimientos necesarios, no quiero robar á una persona inteligente el destino que le corresponde, ni á mi patria un sueldo que no podria ganar.

BRUNO.

Diga usted que nada quiere hacer.

LUIS.

Yo tengo sobre el trabajo una teoria.

BRUNO.

Cuál?

LUIS.

Para qué se trabaja en este mundo? Para hacerse una fortuna; no es esto?

BRUNO.

Sí.

LUIS.

Y para qué quiere uno ser rico? Para gozar de sus riquezas y descansar, no es así?

BRUNO.

En cuanto á descansar...

LUIS.

Sí, ya sé que hay en el mundo lobos voraces que no se contentan con nada... Ávidos jugadores, que despues de haber ganado todo el oro que habia sobre el tapete, quieren llevarse tambien la mesa y los candelabros; pero yo no soy de esos. Tengo lo suficiente para pasar la vida, soy feliz y estoy contento con mi suerte: para qué quiere usted que trabaje? para perjudicar á otro pobre ó arruinarme, que es peor todavia? Yo creo que en una sociedad bien entendida, la mision del rico es gastar lujo, ser ocioso, si, pero un ocioso inteligente.

BRUNO.

Ocioso; pero eso es horrible! Inícuo! Estúpido!! Es la destruccion del edificio social!!! Acaso no le ha dado Dios al hombre dos manos para que trabaje?

LUIS.

Hay alguna alteracion en eso. A los unos se las ha dado grandes...

BRUNO.

Lo dice usted por las mias?

LUIS.

Puede usted creer?.. (Mirándolas.) Calla! pues es verdad! Las de usted son vigorosas; pero no todos han sido tan felices en el reparto. Otros las tienen pequeñas, blandas...

BRUNO.

Y qué tiene que ver...

LUIS.

Es una revelacion de la Providencia. Al uno le dice: tú serás albañil ó carpintero, y al otro, tú artista, filosofo, rico...

BRUNO (Furioso.)

Conque pequeñas? Eh! pequeñas? Quiere usted que le diga lo que yo pienso de su teoría?

LUIS.

La defensa es natural...

BRUNO.

Pues lo que yo pienso es, que usted se ha apoderado del dote de mi hija, como un zángano de una colmena...

LUIS.

Señor don Bruno, yo creo haber dado pruebas de tener un buen carácter; pero le suplico que no olvide que hay expresiones que un hombre de honor no puede escuchar dos veces.

BRUNO.

Me es indiferente.

ESCENA XI.

DICHOS.—ISABEL.—ENRIQUETA.

BRUNO (Yendo á Enriqueta.)

Ven acá, Enriqueta. Tú puedes estar tranquila. A tí te casaré con un hombre que sirva de algo... con un comerciante.

ENRIQUETA (Asustada.)

Un comerciante! Pero papá...

BRUNO.

Y tendrá las manos grandes, yo te lo juro.

ENRIQUETA (Aparte.)

Y Adolfo qne va á venir con su hermana!

ISABEL (A Luis.)

Qué tiene papá?

LUIS (Bajo.)

No está de buen humor.

ENRIQUETA (A Isabel y Luis.)

Aquí vienen!

ESCENA XII.

DICHOS.—ADOLFO.—LA CONDESA.

ADOLFO.

Señora... Permítame usted que le presente mi hermana, la señora condesa de Carvajales.

ISABEL.

Hace tiempo, señora, que mi esposo y yo... deseábamos tener esta honra...

CONDESA.

Con razon me ponderaba mi hermano las prendas que á usted le distinguen.

BRUNO (Aparte.)

Otra visita! Estas gentes pasan la vida visitándose.

ADOLFO.

La señorita Enriqueta... El señor don Bruno...

CONDESA.

Caballero...

BRUNO.

Señora...

ENRIQUETA (Bajo á Adolfo.)

Nada de peticion... Hay mudanza...

CONDESA.

Supongo que no será extraña para usted mi presencia en su casa.

BRUNO.

Eh?

CONDESA.

Nada más grato para mí que el objeto que aquí me conduce.

ADOLFO (Bajo á la Condesa.)

Silencio. Hay mudanza...

CONDESA (Bajo.)

Cómo?

BRUNO.

¿Quiere usted explicarme el objeto...

ADOLFO (Bajo á la Condesa.)

Yo no sé... Ya hablaremos.

ISABEL.

Siéntese usted, señora Condesa. (Se sientan y quedan todos sin hablarse y sin saber qué hacer.)

CONDESA (Aparte.)

Vaya una situacion divertida. (Alto.) Ese trage es precioso.

ISABEL.

Es regalo de Luis. (Reparando la manteleta.) Qué magnífica blonda! Es de Bruselas?

CONDESA.

Por tal la he comprado. No me gustan las imitaciones.

ISABEL.

Tampoco á mí. Es verdad que no hay comparacion entre unas y otras. (Silencio.)

BRUNO (Despues de un momento.—Aparte.)

Y patatin... patatan! Se acabó.

LUIS.

Yo prefiero las que se fabrican en Inglaterra.

BRUNO (Aparte.)

Ya saltó él. En hablándose de modas!

CONDESA.

Ah! es que las de Inglaterra!...

BRUNO (Aparte.)

Qué conversacion tan lucrativa!

ISABEL.

Qué precioso dibujo...

TODOS (Menos don Bruno y la Condesa.)

Es muy lindo.

BRUNO (Aparte.)

Muy lindo! Qué fortuna podria hacerse con el tiempo que esta gente derrocha! (Se sienta al otro lado de la mesa y se queda distraido leyendo cartas y notas. Los demás personages forman grupo aparte.)

ENRIQUETA.

Ya está embebido en sus apuntaciones.

CONDESA.

Qué sucede?

ENRIQUETA.

Que papá acaba de decir ahora poco que no me casará sino con un hombre que haga algo... que sea comerciante.

CONDESA Y ADOLFO.

Cómo!

ENRIQUETA.

Si usted quisiera traficar en cualquier cosa!

ADOLFO.

Yo!

ISABEL.

Vaya una idea!

LUIS.

Y por qué no? Pone usted una tienda de algo con una gran muestra...

ENRIQUETA.

Calla! No estamos ahora para bromas.

CONDESA.

Pero si mi hermano no ha sido nunca comerciante!

ADOLFO.

Y qué comercio emprendo yo?

ENRIQUETA.

Cualquiera... El caso es que usted compre y venda.

LUIS.

Eso es: aunque sea plata vieja; papel... hierro...

ADOLFO.

Conque he de ser negociante por fuerza?

ENRIQUETA.

No hay otro remedio. Al dia siguiente del casamiento liquidamos, y no hay nada perdido.

ADOLFO.

Pues señor, buscaré. (Se levanta la Condesa.)

ISABEL. (A la Condesa, que se levanta.)

Tan pronto!

CONDESA.

Tengo todavía algunas visitas que hacer.

ADOLFO. (Aparte.)

Qué diablos compraré!

LUIS.

Me voy con ustedes. Esta noche canta Tamberlick en el Liceo, y voy á tomar un palco. Vendrá usted con nosotros, mi querido papá suegro?

BRUNO.

No señor: yo necesito las noches para despachar la correspondencia.

LUIS.

Ya!

BRUNO.

Qué?

LUIS.

Nada. (Aparte.) Compadezco á los empleados en Correos.

CONDESA.

Señor don Bruno...

BRUNO.

Señora... (A Adolfo.) Expresiones al señor de Pallete. (Se van todos menos don Bruno.)

ESCENA XIII.

DON BRUNO.—*Luego* PEDRO *y* D. EDUARDO.

BRUNO.

Estúpidos! Lo mejor de su vida se les vá en cumplimientos. A mí podian venir! En la puerta de mi gabinete he puesto un letrero que dice: *No estoy nunca.* (Consultando las notas.) Las noticias que he adquirido de don Eduardo Farándula son muy buenas...

PEDRO.

Don Eduardo Farándula!

BRUNO.

Es él.

EDUARDO. (A Pedro.)

No ha venido todavía el tapicero?

BRUNO.

Perdone usted: caballero, ¿vive usted en la Rambla de Santa Mónica, número 12?

EDUARDO.

Sí señor.

BRUNO. (A Pedro.)

Déjanos. (Pedro se vá.) Caballero, usted vende todos los años por valor de dos millones en algodon?

EDUARDO.

Yo...

BRUNO.

Tiene usted cuenta abierta en el Banco, firma acreditada en la plaza, su caja siempre abierta al 3 ó 4 de descuento...

EDUARDO.

Permítame usted...

BRUNO.

Yo tengo una hija de diez y ocho años, bonita, bien educada, sabe coser, hacer media, no toca el piano ni dibuja... Tengo prisa... A ver las manos?

EDUARDO.

Las manos!!

BRUNO.

Son de buen calibre. Le ofrezco á usted por esposa mi hija.

EDUARDO.

Cómo! A mí?

BRUNO.

A usted.

EDUARDO.

Permítame usted ántes que le pregunte á quién tengo el honor de hablar.

BRUNO.

En este momento está usted tratando con la casa Coton...

EDUARDO.

Cómo! La casa más acreditada de Reus!

BRUNO.

Sesenta mil duros de dote. Ni un cuarto más, ni un cuarto menos. La mitad á dinero contante, y la otra mitad en valores á ochenta dias cobro. Conviene ó no?

EDUARDO.

Una proposicion tan inesperada...

BRUNO.

Pronto! Hay quien puja.

EDUARDO.

Acepto.

BRUNO.

Venga esa mano. La boda se celebrará al fin del corriente.

EDUARDO. (Sacando una cartera.)

Tomaré nota del vencimiento.

BRUNO. (Sacando otra cartera.)

Y yo de la paridad.

EDUARDO.

Convenidos.

BRUNO.

Exactamente. Conoce usted á Figuerola?

EDUARDO.

Algo.

BRUNO.

No le doy á usted la enhorabuena.

EDUARDO. (Aparte.)

Y ese tapicero que vá á venir! Diablo! Usted vá á deshacer mi matrimonio, y sesenta mil duros..

BRUNO.

Qué tiene usted?

EDUARDO.

Los negocios me abruman.

BRUNO.

Eso es ántes que todo.

EDUARDO. (Aparte.)

No hay más remedio que ir á su casa y pagarle yo mismo. (Alto.) Hasta luego.

BRUNO.

Adios, mi querido yerno.

ESCENA XIV.

D. BRUNO.—*Luego* ISABEL.—*Luego* UN TAPICERO.—*Y Luego* D. LUIS.

BRUNO.

Me agrada este mozo... No me ha dado las gracias; pero entre comerciantes, no se dan gracias: se paga.

ISABEL.

No ha vuelto Luis?

BRUNO.

No: estará luciendo sus manos enguantadas por la rambla.

ISABEL.

Eres injusto con él, papá... es tan bueno!..

BRUNO.

Hija mia! La ociosidad es madre de todos los vicios. Esto acabará mal. (Viendo al tapicero.) Qué es eso?

TAPICERO.

Don Luis Figuerola?

BRUNO.

Aquí es.

TAPICERO.

Es la cuenta de unos muebles.

ISABEL.

No hemos encargado muebles!

BRUNO.

Veamos. (Leyendo.) «Cuenta de los muebles entregados á la señorita Amelia Tarlin.»

ISABEL.

Cómo? Una bailarina del teatro del Liceo!

BRUNO (Al tapicero.)

Está bien: se pagará. (Se vá el tapicero.)

ISABEL.

No. Eso no es posible!

BRUNO.

Alfombras, espejos sillerías. Total. «Treinta y cinco mil reales.»

ISABEL.

Una bailarina! me estaba engañando! Ah! (Se deja caer en el sofá llorando.)

BRUNO.

Bien te lo decia yo! La ociosidad es la madre de todas las bailarinas!.. no... de todos los vicios.

LUIS. (Entrando.)

Aquí está el palco. (Viendo á Isabel que llora.) Qué tienes, Isabel?

BRUNO.

Lo sabe todo, caballero!

LUIS.

Y qué es todo?

BRUNO.

Treinta y cinco mil reales. (Le dá la cuenta.)

LUIS.

Qué es esto?

BRUNO.

La factura de los géneros en que emplea usted el dote de mi hija (Se vá con su hija.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

DON BRUNO.—ISABEL.—*Luego* PEDRO.

BRUNO.

Conque es cosa decidida!

ISABEL (Llama á don Bruno y sale Pedro.)

Sí, papá.

BRUNO.

Dile al señor don Luis, que tenga la bondad de venir. (Váse Pedro.)

ISABEL.

Le interrogaremos... y si no confiesa la verdad... si no se justifica... haga usted lo que quiera.

BRUNO.

Corriente. Desengáñate de que es el remedio más seguro. (Aparte.) Trabajo me ha costado convencerla.

ESCENA II.

DON BRUNO.—ISABEL.—DON LUIS.

LUIS (Entrando.)

Adios, Isabel!... Me llamaba usted, señor don Bruno?

BRUNO.

Sí señor. Ha pensado usted?...

LUIS.

En qué?

BRUNO.

En la factura que le he presentado á usted esta mañana y que acabo de pagar ahora mismo.

LUIS.

La ha pagado usted? y cree entender de negocios?

BRUNO.

La he pagado porque no sea mayor el escándalo.

LUIS:

Pero hombre de Dios, no le he dicho cien veces que no conozco á ese tapicero, ni he dirigido siquiera la palabra á esa... señorita!

ISABEL (Indignada.)

Oh!!

BRUNO (A Isabel.)

Calma! (A don Luis.) Mal sistema de defensa ha adoptado usted, caballero.

LUIS.

No tengo otra. El tiempo me justificará.

BRUNO.

Yo le aseguro á usted que una confesion franca...

ISABEL.

Sí; confiéselo usted.

BRUNO.

Y un arrepentimiento síncero.

LUIS.

Pero de qué tengo yo que arrepentirme, si no conozco á esa mujer? Estoy siendo víctima de alguna combinacion fatal que no acierto á explicarme. Quizá alguno ha tomado mi nombre... Si es así, yo le aseguro á usted que cuando averigue quién es!...

BRUNO.

Sospecho que no se afanará usted mucho por averiguarlo. No tiene usted nada más que decir?

LUIS.

No señor.

ISABEL.

Confiéselo usted todo y se le perdonará.

LUIS.

Isabel, hartas pruebas de cariño te he dado, y creo tener el derecho de contar con tu confianza. Esas sospechas destrozan mi corazon, y esas indagaciones ultrajan mi dignidad. No volvamos á hablar más de este asunto.

ISABEL.

No quieres?...

LUIS.

Basta.

ISABEL (Con resolucion.)

Está bien, caballero. Papá, haz lo que te parezca, pero nada de transaccion. (Váse.)

ESCENA III.

DON BRUNO.—DON LUIS.

LUIS (Aparte.)

Que haga lo que le parezca! Si querrá que el papá suegro me dé una mano de azotes!

BRUNO.

Sentémonos, señor mio.

LUIS (Aparte.)

Esto me tranquiliza. (Alto.) Ya estoy sentado.

BRUNO.

Vamos á hablar en el lenguaje de los negocios.

LUIS.

Otra vez!

BRUNO.

Sr. D Luis: como yo soy un padre muy previsor, tomé mis precauciones á la catalana cuando dí á usted mi hija.

LUIS.

Hola!

BRUNO.

Ha leido usted alguna vez el contrato?

LUIS.

No señor. Yo no soy precavido cuando creo tratar con personas honradas, y firmé como en un barbecho.

BRUNO.

Yo leo cuanto firmo. Fué una gran necedad.

LUIS.

No diré que no; pero como yo tenia y tengo tanta confianza en usted...

BRUNO.

Gracias! Pues como iba diciendo: cuando yo me casé, discutí las condiciones dos meses... (Es verdad que yo tengo las manos... *robustas*...) Pero en fin: una vez que usted no ha leido el contrato, le diré que hay un artículo que autoriza la separacion de bienes.

LUIS.

Ah!

BRUNO.

Por ese artículo, la mujer conserva la completa administracion de sus bienes muebles é inmuebles, pudiendo disponer á su antojo de las rentas que le produzcan.

LUIS.

Ya!

BRUNO.

Hasta ahora su esposa de usted, ciega y confiada, le ha dejado esta administracion; pero hoy, iluminada por mí...

LUIS.

Que es tan previsor...

BRUNO.

Ha resuelto retirársela.

LUIS.

Comprendo. (Aparte.) Quieren ponerme á dieta.

BRUNO.

Previene asimismo el convenio que yo he redactado... á la catalana... que puede elegir ella su administrador; y no le sorprenderá á usted que esta eleccion haya recaido en un hombre honrado, inteligente y capaz, aun cuando tenga las manos algo duras y grandes.

LUIS.

Y quién es esa persona?

BRUNO.

Un servidor de usted.

LUIS.

La eleccion no puede ser más acertada.

BRUNO.

De hoy en adelante, yo seré el encargado de pagar, cobrar, transigir, y hacer en fin todos los actos que incumben á un mandatario universal, autorizado por la ley.

LUIS.

Es usted abogado?

BRUNO.

No señor; soy catalan. Conque ya sabe lo que se ha resuelto. Tiene usted algo que oponer?

LUIS.

Una pregunta. (Con emocion.) Desearia saber si mi esposa, mi querida Isabel, es la que le ha dado á usted el encargo que acaba de cumplir.

BRUNO.

En persona.

LUIS.

Eso me basta. Nada tengo que añadir... La señora Vizcondesa es dueño de su dinero... Yo poseia su confianza, hoy me la retira.... Esto es algo humillante; pero me consuela la idea de que ustedes no han pensado en el hombre, sino en el negocio.

BRUNO.

Justamente; y seguiré ese mismo régimen cuando case á Enriqueta.

LUIS.

Bien hecho! Bajo ese régimen, la posicion del marido es clara y desahogada. Es una especie de aya con pantalones... Un marido constitucional, que reina y no gobierna; un criado distinguido á quien se le dá de comer, se le viste, se le calza, y cuando es bueno, se le compra un reloj con su cadena. Pero si se atreve á contradecir á su ama, á hacerla la más pequeña observacion, se le pone de rodillas y se le deja á pan y agua. Já! já! Bonito matrimonio para un hombre de honor! Já! já! Déme usted esa mano, mi querido suegro! (Le aprieta la mano convulsivamente.)

BRUNO.

Que me hace usted daño!

LUIS.

Es... la alegría... el reconocimiento. Nada, nada: ya tiene usted todos los poderes. Pague, cobre, contrate, transija... (Levantándose.)

BRUNO.

Falta aun....

LUIS.

Qué falta?

BRUNO.

La llave de la caja.

LUIS.

Es cierto! Tómela usted. En el bolsillo tengo unos cuatro duros... quiere usted encajonarlos?

BRUNO.

No señor; guárdelos usted. No estamos entre judios.

LUIS.

Los guardo para mis gastos de la semana? Gracias! Es usted muy generoso. (Le aprieta la mano.)

BRUNO.

Caramba! que me hace usted daño! (Aparte.) Vaya unas manecitas! Parecen de acero!

LUIS.

Es que estoy tan contento!...

BRUNO.

Considerando que no debe usted estar sin dinero, ha decidido mi hija, de acuerdo conmigo, dar á usted cincuenta duros mensuales, para sus... (Apoyando la frase.) gastos particulares.

LUIS.

Basta, caballero! Yo no soy un marido alquilado.

BRUNO.

Hoy estamos á treinta, y desde mañana puede usted empezar á cobrar.

LUIS.

Oh!

BRUNO.

No tendré incoveniente tampoco en adelantar á usted un trimestre, sin otro descuento que el interés legal.

LUIS (En tono amenazante.)

Señor suegro!

ESCENA IV.

DICHOS.—UN MANCEBO DE TIENDA.

BRUNO.

Qué es eso?

MANCEBO (A D. Luis.)

El pañuelo de capucha que dejó usted ayer apartado.

LUIS.

Ah! sí: una sorpresa que preparaba á Isabel.

BRUNO (Examinándole.)

Buena calidad!

MANCEBO (Presentando un papel á D. Luis.)

Como usted dijo que se le trajese al mismo tiempo la cuenta...

LUIS.

No me gusta deber... (Registrándose el bolsillo.) pero ahora...

BRUNO (Aparte á D. Luis.)

En la posicion en que usted se halla, es una locura... Devúelvalo usted.

LUIS (Al mancebo.)

Deje usted eso ahí: ya iré yo por allá.

MANCEBO (Dejando la caja.)

No corre prisa. (Váse.)

BRUNO.

Lo que acaba usted de hacer es sublime, pero estúpido... Con una pension de cincuenta duros al mes solamente...

LUIS.

Yo no acepto limosnas.

BRUNO.

Más en mi abono. Con nada al mes, cómo vá usted á pagar pañuelos de tres mil reales? Digo, á no ser que quiera usted trabajar á pe-

sar de tener las manos tan pulidas. Pero qué diablo! usted es jóven, fuerte, robusto: por qué no busca usted un empleo? Si toma usted una ocupacion, le prometemos olvidar lo pasado: indulgencia plenaria... porque... al que trabaja, se le pueden permitir algunas distracciones...

LUIS.

Como por ejemplo, queridas?

BRUNO.

Sí... Digo, no. Me está usted embrollando. Conque... siga usted mi consejo, y propórcionese una ocupacion (Váse.)

ESCENA V.

D. LUIS.— *Luego* D. EDUARDO.

LUIS.

Si algun dia puedo, yo te aseguro que me la has de pagar. Pero y mi esposa! Ah! Isabel! Isabel! Es posible que me humilles de tal modo por una simple sospecha? Es verdad que las apariencias me culpan, pero... Daria cuanto tengo, que no es mucho, por saber quién es el que debe haber tomado mi nombre.

EDUARDO.

Al fin te encuentro!

LUIS.

Adios, Eduardo. Perdona que no te haya recibido ántes. Estaba ocupado...

EDUARDO.

En dormir. Chico, vengo á contarte la aventura más graciosa...

LUIS.

Pues vienes en mala ocasion... Estoy furioso. Conoces una bailarina del Liceo llamada Amelia?

EDUARDO.

Yo? (Aparte.) Zape! (Alto.) No... Por qué?..

LUIS.

Figúrate que esa... buena mujer, ha levantado de cascos á un majadero que la pone casa en mi nombre.

EDUARDO (Arreglándose los cabellos con inquietud.—Aparte.)

Ya vino el tapicero!

LUIS.

Me mandan la cuenta, la toma mi esposa...

EDUARDO.

Tu esposa! Cómo! Te has casado?

LUIS.

Hace un año... En Reus y segun las costumbres del país.

EDUARDO (Aparte.)

Buena la hemos hecho! (Alto.) Que sea enhorabuena.

LUIS.

Enhorabuena!... Si tú conocieras á mi suegro!... En fin, lo que ahora me importa es averiguar quién es la persona que me obliga á ser su editor responsable, y yo te aseguro que ántes que se acabe el dia... (Cogiendo el sombrero.) Adios.

EDUARDO.

A dónde vas?

LUIS.

A casa de Amelia. Yo la arrancaré el nombre de ese bribon.

EDUARDO.

Pero...

LUIS.

Adios! Estoy desesperado.

ESCENA VI.

D. EDUARDO.—D. BRUNO *y* ENRIQUETA.

EDUARDO.

Dónde me meteré! Yo creia que era soltero! Cuando sepa que soy yo!... no solo me rompe una costilla, sino lo que es peor, se rompe mi matrimonio; y sesenta mil duros con una moza de diez y ocho años, no son de perder. Yo no la he visto nunca; pero desde luego me conviene. Ah! abajo está mi coche... voy á comprar el silencio de Amelia y me salvo. (Vá á salir y se encuentra con D. Bruno y con Enriqueta.)

BRUNO.

Sr. de Farándula! tengo el honor de presentarle mi hija.

EDUARDO. (Saludando.)

Señorita... ciertamente... pero mis negocios... Tengo el honor... (Se vá precipitadamente.)

BRUNO. (Entusiasmado.)

Admirable! Eso es lo que se llama un hombre completo! Apenas te ha mirado! Los negocios ántes que todo. Qué te ha parecido?

ENRIQUETA.

Muy feo.

BRUNO.

Eso, qué importa? En el comercio...

ESCENA VII.

D. BRUNO.—ENRIQUETA *y* PEDRO.

PEDRO.

Sr. D. Bruno, ahí están los señores que usted ha mandado venir. Esperan en el gabinete.

BRUNO.

Sí, sí, son unos corredores... Allá voy. Qué hacias ahora?

PEDRO.

Nada.

BRUNO.

Pues toma esta lista, y evacua al instante los encargos que reza. (Saca una lista algo larga.)

PEDRO.

Todos estos, señor?

BRUNO.

Te advierto que son muy urgentes.

PEDRO.

Pero señor...

BRUNO.

Necesitas hacer ejercicio, y te aprecio bastante para no procurar tu salud. (Váse.)

PEDRO.

Veinticuatro encargos! (Váse.)

ESCENA VIII.

ENRIQUETA.—ADOLFO.

ADOLFO.

Señorita Enriqueta...

ENRIQUETA.

Es usted?

ADOLFO.

Está usted sola?

ENRIQUETA.

Sí: entre usted. Es usted ya comerciante?

ADOLFO.

Todavía no. Y no he parado desde esta mañana ; pero no encuentro...

ENRIQUETA.

Por vida!

ADOLFO.

No sé qué comprar!

ENRIQUETA.

Vaya usted á la Bolsa... Allí se inspirará usted. La Bolsa del comercio...

ADOLFO.

Ya he estado en ella. Habia mucha gente, y todos hablando en secreto ó á voces... Uno gritaba: doy jabones á quince, y tomo cacao á treinta y cuartillo! Ah! He oido decir que la azúcar va á bajar!

ENRIQUETA.

Pues bien: negociemos con el azúcar.

ADOLFO.

Eso queria consultar con usted.

ENRIQUETA.

No tiene usted energia. Yo le ayudaré.

ADOLFO.

Usted?

ENRIQUETA.

Esta mañana decia papá á un caballero, que la subida de los algodones era segura.

ADOLFO.

Ah!

ENRIQUETA (Remedándole.)

Ah!! No lo ha entendido á usted? Puesto que van á subir, compre usted algodones.

ADOLFO.

Bien; y qué hago con ellos?

ENRIQUETA.

Cuando hayan subido, vá usted á la bolsa y grita... yo vendo algodones á quince... ó á treinta y cuartillo...

ADOLFO.

Está bien.

ENRIQUETA.

Veamos, cómo lo dirá usted?

ADOLFO (Con mucha tranquilidad.)

Vendo algodones á quince...

ENRIQUETA.

Hombre, por Dios! Si parece que está usted diciendo qué buen dia hace! Grite usted mucho! mucho!! En la Bolsa no hay nadie cobarde. Empiece usted de nuevo.

ADOLFO (Gritando.)

Yo vendo algodones á quince... ó á treinta... Quién quiere algodones!

ENRIQUETA.

Así. Ya vende usted bien. Ahora, siempre que papá hable de negocios, le escucharé con atencion y todo lo que oiga se lo contaré á usted. Ya ha hecho usted su fortuna.

ADOLFO.

Aceptado. Así si me equivoco, no podrá tener queja su padre de usted; porque nos habremos equivocado los dos.

ENRIQUETA.

Papá no se engaña nunca. Con que vaya usted á la Bolsa á comprar algodones... Lleva usted cartera?

ADOLFO.

Cartera! para qué?

ENRIQUETA.

No lo sé... pero todos la llevan.

ADOLFO.

La compraré de paso.

ENRIQUETA.

Tome usted la mia. Puede que le dé buena suerte.

ADOLFO.

La llevaré junto á mi corazon. (Yéndose.)

ENRIQUETA.

Que no me rompa usted el lápiz! (Se pone á coser los pañuelos.)

ESCENA IX.

ENRIQUETA.—DON BRUNO.

BRUNO.

Ya he dado mis instrucciones... Yo creo que hoy voy á hacer un buen negocio en el algodon. Estás ahí todavia?

ENRIQUETA (Cogiendo una corbata.)

Estoy trabajando, papá.

BRUNO (Aparte.)

Y sin embargo, no tiene las manos grandes, ni duras. (Alto.) Y qué haces?

ENRIQUETA.

El dobladillo de sus pañuelos de usted. Qué fuertes son! ya he roto dos agujas.

BRUNO.

Con eso durarán mucho. En recompensa de tu aplicacion, iré luego á comprarte un sombrero verde.

ENRIQUETA (Aparte.)

Lo esperaba. (Levantándose.) Y por qué ha de ser verde?

BRUNO.

Porque es un color muy sufrido y muy hermoso. El color de los prados! Si hubieras visto el otro dia pasar por la lonja de Reus á la mujer del fabricante Cornejo! Llevaba un sombrero verde, un manton encarnado y un trage amarillo, y todos se paraban á admirarla. Hasta los mancebos de las tiendas salian á la acera por verla mejor.

ENRIQUETA.

Pues yo no quiero un sombrero que interrumpa el movimiento industrial. Si yo hubiera sido hombre, seria comerciante.

BRUNO.

Le tienes aficion, eh?

ENRIQUETA.

Oh! el comercio, la industria... artérias del... mundo civilizado... rios que fecundizan... Y qué me dice usted de los ferro-carriles? no pondrán con el tiempo en comunicacion la gran familia humana?...

BRUNO.

Chica, chica! dónde has aprendido tú todo eso?

ENRIQUETA (Aparte.)

Acabo de leer el *Diario de Barcelona.*

BRUNO (Aparte.)

Cómo habla de los ferro-carriles! Es un angel. (Alto.) Conque no te repugnará casarte con un comerciante?

ENRIQUETA.

No señor.

BRUNO.

Gracias, hija mia. Ya tengo elegido para ti...

ENRIQUETA.

Eh?

BRUNO.

Uno excelente. Tú le conoces. Hace poco que ha salido de aquí!

ENRIQUETA (Aparte.)

Ah! Es Adolfo! Le habrá visto al marcharse.

BRUNO.

Se ha ido muy de prisa...

ENRIQUETA.

Iria á la Bolsa.

BRUNO.

Sin duda.

ENRIQUETA.

Dime, papá, es cierto que van á subir los algodones?

BRUNO.

Qué te importan á tí los algodones?

ENRIQUETA.

Nada; pero como le he oido decir á usted esta mañana que iban á subir...

BRUNO (Bajando la voz.)

Es cierto; pero van á bajar.

ENRIQUETA.

Cómo!!

BRUNO.

Cuando quiero vender una cosa, digo que va á subir, y al revés cuando compro. Aunque gastado, es un recurso que siempre produce.

ENRIQUETA.

Pero es mal hecho engañar así á las gentes.

BRUNO.

En el comercio... Pero qué te pasa? Qué tienes tú que ver en que suban ó bajen los géneros?

ENRIQUETA.

Yo?.. Nada... nada. (Aparte.) Pobre Adolfo! Buen estreno le espera! Cómo avisarle!

ESCENA X.

DICHOS.—PEDRO.

PEDRO.

Señor...

BRUNO.

Has hecho todos los encargos?

PEDRO.

Si señor.

BRUNO.

Así me gusta. Para recompensar tu actividad... Voy á darte otros. Toma. (Le dá una lista.)

PEDRO.

Muchas gracias.

BRUNO.

Hombre me parece que te se ha disminuido ya un poco la tripa. (Se vá.)

PEDRO.

Ya lo creo! y se me disminuirán hasta las orejas! Este hombre es un asesino!

ENRIQUETA (Aparte.—Escribiendo.)

«No compre usted algodon... vá á bajar.» Pedro!

PEDRO.

Señorita!

ENRIQUETA.

Vaya usted corriendo á la Bolsa, y déle usted este billete al señorito Adolfo.

PEDRO.

Otro!

ENRIQUETA.

Prontito! (Entra en la habitacion de D. Bruno.)

ESCENA XI.

PEDRO.—D. LUIS.

PEDRO (Consultando la lista que le ha dado D. Bruno.)

Tres, cinco, siete quince, y uno de la señorita, diez y seis, que con los veinticuatro de antes, ya montan cuarenta!

LUIS (Entrando.)

No he visto á esa mujer. Pedro!

PEDRO.

Señor.

LUIS.

Anda inmediatamente...

PEDRO (Aparte.)

Tambien él!

LUIS.

A la casa de don Eduardo Farándula, Rambla de Santa Mónica, número 12, y dile que venga ahora mismo, que le estoy esperando.

PEDRO.

Está bien. (Aparte.) Cuarenta y uno!

LUIS.

Pronto! (Viendo entrar á D. Eduardo.) Ah! Ya no tienes que ir: aquí está.

PEDRO (Yéndose.)

Cuarenta! (Váse.)

ESCENA XII.

D. LUIS.—D. EDUARDO.

EDUARDO (Aparte.)

No estaba en su casa ni en el teatro. Tengo una inquietud!

LUIS.

Llegas á tiempo. Tengo que pedirte un favor.

EDUARDO.

Habla.

LUIS.

Mañana me bato.

EDUARDO.

Con quién?

LUIS.

Con él! Con mi homónimo.

EDUARDO.

Sabes yá quién es?

LUIS.

Lo sabré...

EDUARDO (Aparte.)

Respiro.

LUIS.

Dentro de una hora.

EDUARDO (Aparte.)

Diablo!

LUIS.

La bailarina habia salido sin decir donde iba; pero soborné á su doncella...

EDUARDO (Aparte.)

Pícara Marta!

LUIS.

Y me dió las señas de ese animal, ofreciendo que me proporcionaria otros datos mañana.

EDUARDO.

Con que te ha...

LUIS.

Dice que es tonto, feo, calvo... (Eduardo se pone el sombrero.) y bestia.

EDUARDO.

Bestia!

LUIS.

Le conoces acaso?

EDUARDO.

No, hombre, no.

LUIS.

Mañana le conocerás. La doncella sospecha que su ama estará en San Feliú; y como no tengo paciencia para esperar hasta mañana, voy á tomar un coche... Con que, ¿cuento contigo?

EDUARDO.

Yo...

LUIS.

Nada de explicaciones ni arreglos. Necesito matarle.

EDUARDO.

Matarle!... Considera...

LUIS.

Si supieras el daño que me ha hecho ese infame! Yo que amaba tanto á mi mujer!... Díme, quieres comprarme un cuadro de Murillo?

EDUARDO.

Los cuadros no tienen salida. Además, voy á emplear una suma de consideracion en charoles... Bonito negocio!

LUIS.

Vendo toda mi galeria. Necesito oro! Voy á escribir á un prendero. Espérame. Me acompañarás á San Feliú, y veremos á Amelia.

ESCENA XIII.

DON EDUARDO.—DON BRUNO.—ENRIQUETA.

EDUARDO.

Que le acompañe! Feliz ocurrencia! Afortunadamente Luis no me ha reconocido por las señas que le dió la doncella: es verdad que no me convienen. De dónde ha sacado esa... bruja, que soy bestia? Más

vale así: su torpeza me salva. Amelia ignora mi verdadero nombre, y nada tengo que temer... Pero, diantre! ahora recuerdo que le dí mi retrato! Bestia de mí!... No hay que perder tiempo: mi coche está abajo, y puedo llegar á San Feliú mucho ántes que Luis. (Va á salir y se encuentra con D. Bruno y Enriqueta.)

BRUNO.

Señor de Farándula!

EDUARDO (Aparte.)

El suegro! En qué mala ocasion!...

BRUNO.

Esta mañana estaba usted tan deprisa, que apenas pude presentarle á mi hija.

EDUARDO.

Señorita... ciertamente... pero los negocios... Tengo el honor...

ESCENA XIV.

BRUNO.—ENRIQUETA.

BRUNO (Aparte.)

Se vá! Es admirable! Sin embargo, me parece que se ocupa demasiado...

LUIS (Que sale y tira del cordon de la campanilla.)

Aquí está la carta para el prendero. Voy á hacer el último sacrificio! (Sale un criado.) Esta carta, á su destino. (Váse el criado.) Hola, Enriqueta! Saludo á usted, caballero.

BRUNO.

Y yo á usted.

ENRIQUETA (Aparte.)

Qué tendrán!

LUIS.

Mira, niña; quieres preguntar á tu hermana si se digna concederme unos cuantos minutos de audiencia? (Aparte.) Luego veré á Amelia.

ENRIQUETA.

Voy corriendo. (Aparte.) Algo hay: qué será? (Váse.)

BRUNO.

Diga usted, caballero, importunará á usted que yo presencie esa entrevista?

LUIS.

Muchísimo.

BRUNO (Va á salir.)

Me parece que está usted fastidiado.

LUIS.

Le parece á usted bien.

BRUNO.

No lo extraño: la ociosidad!... Busque usted una colocacion.

LUIS.

Una me han ofrecido en la agencia de entierros, y estuve por aceptarla, por ver si tenia la fortuna de trabajar para usted.

BRUNO.

Gracias! Ja!... ja!... Adios, y no deje usted de lavarse las manos con pasta de almendra. (Váse.)

ESCENA XV.

DON LUIS.—*Luego* ISABEL.—*Luego* DON BRUNO.

LUIS.

Y hay todavía quien hable de suegras!

ISABEL (Entrando.)

Es usted quien me llama?

LUIS.

Sí señora. El señor don Bruno Coton...

ISABEL.

Mi padre.

LUIS.

El mismo: acaba de notificarme sus disposiciones de usted, con las formas tan delicadas que tiene de costumbre.

ISABEL.

Caballero!

LUIS.

No se altere usted. Si he molestado á usted ha sido porque tenia que rendirle mis cuentas.

ISABEL.

No es necesario.

LUIS.

Perdone usted, señora. A todo el que se despide se le toman las cuentas. Pregúnteselo á su padre.

ISABEL.

Luis!...

LUIS (Dándola una silla, y mostrándola un papel.)

Aquí consta lo recibido y lo gastado. Este invierno hemos ahorrado poco... con nuestra escursion á París... pero ahora viene la primavera, y el nuevo administrador podrá ser más dichoso. Es muy inteligente, y de Reus por añadidura.

ISABEL.

Es mi padre, caballero.

LUIS.

Harto lo sé, señora. Hay que rebajar de la data tres mil reales que no están pagados: valor de un pañuelo...

ISABEL.

Un pañuelo!...

LUIS.

Que yo pagaré.

ISABEL.

Comprendo. Estará con los muebles aquellos!...

LUIS.

No señora, está aquí. Y como lo compré para usted, no puedo dejar de ofrecérsele, aun cuando me exponga á un desaire.

ISABEL.

Cómo!...

LUIS.

Será mi último obsequio. Puede usted admitirle.

ISABEL.

El último?

LUIS.

Sí: porque aun cuando deseara otra cosa, no podré en adelante... Para comprar es preciso tener á la mano...

ISABEL.

No entiendo.

LUIS.

Dése usted por entendida, sin empacho ninguno. No ha sido mi

intencion protestar: respeto las costumbres del comercio, y tengo la honradez necesaria para no quebrantar lo pactado. Allá en Reus, confeccionó su padre de usted un contrato, por el que nos debemos regir, con sustituciones, divisiones y compartimientos. Yo puse mi firma; me casé segun el régimen comercial, y no tengo derecho á quejarme.

ISABEL.

Cómo, consentirás en separarte de mí?

LUIS.

No señora. Yo no quiero que mi esposa sea una de esas mujeres casadas sin marido, que flotan en nuestra sociedad. Me quedo á su lado de usted, por usted y por mí; pero pagando mi pupilage.

ISABEL.

Qué cruel eres!

LUIS.

Cruel? No señora. Hay mujeres á quienes martiriza el más leve reproche. Hablo de aquellas que creyéndose engañadas, se defienden con sus lágrimas, con su dolor, con su cariño; pero hay otras llenas de sangre fria, de presencia de espíritu, cuyos ojos están secos y cuyo corazon no da nunca un latido... No hacen otro movimiento que el indispensable para estender el brazo y poner la mano sobre el bolsillo que guarda su oro... Con esas muejres nunca es uno cruel.

ISABEL.

¿Y eres tú, Luis, el que de esa manera me habla? Dame tu palabra de honor de que no conoces á esa mujer, y te creo.

LUIS.

Mi palabra de honor! Creeria su padre de usted que trataba de recobrar la llave de la caja.

ISABEL.

Diga usted más bien: que no quiere ser perjuro.

LUIS.

Crea usted lo que guste. (Continúa consultando las notas.) Gastos de Abril...

ISABEL.

Basta, caballero! No quiero continuar por más tiempo representando tan odiosa comedia.

LUIS.

No insisto. Solo me resta darle á usted diez mil reales de alquileres que nuestro administrador, digo que su administrador de usted, acaba de entregarme ingnorando mi destitucion. Aquí los tiene usted: son billetes.

ISABEL.

Bien está.

LUIS.

Entérese usted.

ISABEL (Rehusando.)

Oh!

LUIS.

No quiere usted contar? Lo haré yo por usted; uno, dos, tres, cuatro, cinco... Están cabales. Tome usted. (Se los dá.)

ISABEL (Estrujándolos con fuerza.)

Gracias. (Los coloca cerca de sí.)

LUIS.

Deseo que el nuevo apoderado aumente rápidamente su fortuna de usted. El conoce perfectamente los negocios...

ISABEL.

No más, por favor!

LUIS (Como despidiéndose y señalando los billetes.)

Que no se extravien. (Isabel toma los billetes y los arroja al fuego de la chimenea.)

LUIS.

Señora!... (Los recoje vivamente.)

ISABEL (Con desden.)

Por qué los recoje usted?

LUIS (Con frialdad.)

Quiere usted que me los reclame su padre y que no se los pueda abonar?

ISABEL.

Son mios y quiero que ardan.

LUIS.

Yo tambien. (Los arroja.) Quede usted con Dios. (Saludando.)

BRUNO.

A dónde vá mi querido yerno?

LUIS.

A buscar una colocacion.

BRUNO (Abriéndole los brazos.)

Conque al fin!... venga un abrazo! (Luis le separa y se vá. Isabel cae sobre un sillon llorando.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

ADOLFO.—ENRIQUETA.

ENRIQUETA.

Con que llegó tarde el aviso?

ADOLFO.

Sí; cuando acababa de comprar todos los algodones que salieron á la venta. En seguida se declaró la baja, y...

ENRIQUETA.

Y ha perdido usted mucho?

ADOLFO.

Poco!... Unos treinta mil reales. Pero cómo es que su padre de usted que nunca se engaña?...

ENRIQUETA.

Contenta estoy yo con mi padre! En primer lugar, me ha comprado quieras que no, un sombrero verde guacamayo.

ADOLFO.

Ese es un abuso de autoridad.

ENRIQUETA.

Y luego me ha engañado como á un chino.

ADOLFO.

Cómo?

ENRIQUETA.

Porque segun parece, anuncia la baja cuando presume ó le cons-

ta que pueda haber alza, y vice-versa. Quién habia de figurarse!... Pero ahora que conozco la treta, vamos á jugar sobre seguro. Esta mañana ha dicho á un sugeto que debe subir el jabon...

ADOLFO.

Y me aconseja usted que compre...

ENRIQUETA.

Al contrario! vá á subir, significa que vá á bajar... Venda usted.

ADOLFO.

Jabon?

ENRIQUETA.

Pues es claro.

ADOLFO.

Pero si yo no tengo más jabon que el necesario para afeitarme y lavarme!

ENRIQUETA.

No entiende usted una palabra de negocios. Venda usted á plazo y... al descubierto...

ADOLFO.

Al descubierto!

ENRIQUETA.

Cuando baje, vuelve usted á comprar y le abonan las diferencias. Ha entendido usted?

ADOLFO.

Perfectamente. Vendo jabon... sin jabon. Sube... vuelvo á comprar y me abonan la diferencia.

ENRIQUETA.

Eso es.

ADOLFO (Aparte.)

Vaya un galimatías! Y dice don Bruno que esta barahunda es útil á la sociedad!

ENRIQUETA.

Tengo que darle á usted una buena noticia. Mi padre se halla predispuesto en favor de usted.

ADOLFO.

Es posible!

ENRIQUETA.

Ayer me lo dijo: cuando acababa usted de salir.

ADOLFO.

Y eso que todavía no soy comerciante!

ENRIQUETA.

Cómo que no! Y ha perdido usted ya cincuenta mil reales en algodon! Pues si estos no son títulos!...

ADOLFO (Con alegría.)

Bien haya esa pérdida, si me ha de servir para alcanzar la dicha que tanto ambiciono.

ENRIQUETA.

Diga usted á su hermana que venga luego á hacer la peticion. Ahora será bien recibida.

ADOLFO.

Voy á avisarla.

ENRIQUETA.

Y despues, á la Bolsa.. No salga usted de ella... corra usted de aquí para allí... hable usted por los codos... que todo el mundo repare en usted.

ADOLFO.

La Bolsa! No me divierte mucho... pero, qué remedio? Adios, señorita... (Tomándola una mano.) En verdad que nuestras conversaciones son por extremo singulares! Yo me sentiria con valor para hacer todo lo que usted me ordena, si me permitiese...

ENRIQUETA.

Qué?

ADOLFO.

Besar esta linda mano que siento temblar entre la mia.

ENRIQUETA (Retirándola vivamente.)

No... no... cuando vuelva usted de la Bolsa.

ADOLFO (Con tristeza.)

Vamos allá. (Váse.)

ESCENA II.

ENRIQUETA.—ISABEL.—*Luego* DON BRUNO.

ENRIQUETA.

Pobre muchacho! No siente la inspiracion comercial!

ISABEL.

Ha vuelto papá?

ENRIQUETA.

Me parece que no.

ISABEL (Aparte.)

Tengo una impaciencia! Habrá encontrado á esa bailarina?

ENRIQUETA.

Adolfo acaba de salir ahora mismo.

ISABEL (Distraida.)

Sí, eh? Me alegro! (Aparte.) Luis niega con tanta dignidad! con tanta firmeza... No sé qué creer!

ENRIQUETA.

Su hermana vendrá luego á hacer la peticion.

ISABEL.

Ah!... sí... la peticion... (Aparte.) Si fuera inocente!

ENRIQUETA.

Mo me oyes?

ISABEL.

Perdona... no me siento bien hoy.

ENRIQUETA.

Los nervios?

BRUNO (Entrando.)

Ya estoy aquí.

ISABEL (Aparte.)

Mi padre!... Déjanos.

ENRIQUETA.

Prepárale para la visita que esperamos... Ya ves que es muy importante. (Sale.)

ESCENA III.

ISABEL.—DON BRUNO.

ISABEL.

Y bien, papá?

BRUNO.

La he visto.

ISABEL.

Ah!

BRUNO.

Es muy guapa... Alta, rubia, buena moza...

ISABEL.

Papá!...

BRUNO.

Se parece mucho á aquella que hubo en Reus el año... veinte y siete... no te acuerdas? Aquella que bailaba tan bien la cachucha!... La rubia... la de... pero no: tú no te puedes acordar; no habias nacido todavía! Iré á verla la primera vez que baile.

ISABEL.

No se trata ahora de eso. Qué le ha dicho usted?

BRUNO.

Yo no me ando por la ramas: me fuí derecho al toro, y la dije: señorita, usted es la querida de mi yerno don Luis de Figuerola, y estoy dispuesto á hacer cualquier sacrificio pecunario si truena con él.

ISABEL.

Confesó, por supuesto...?

BRUNO.

«Conque estaba casado?» exclamó hecha una furia. Aquí hubo aquello de falso, mal caballero, etc. etc. Yo creí que se iba á desmayar; pero estalló de repente en una estrepitosa carcajada. Y por cierto que tiene una dentadura muy buena.

ISABEL.

Y luego?

BRUNO.

Luego añadió: «No tiene usted que hacer ningun sacrificio para recobrar esa alhaja. Se la cedo á usted gratis. Cree usted que pueda enamorarse nadie de un hombre tan feo, tan nécio y tan calvo?»

ISABEL.

Calvo!

BRUNO.

El despecho...

ISABEL (Aparte.)

Si no fuera él!

BRUNO.

Despues me rogó que esperase un momento. Entró en su cuarto y me dió...

ISABEL.

Qué?

BRUNO.

Este paquetito para que se lo entregase á Luis. Yo creo que será la despedida. Aquí le tienes.

ISABEL.

Está lacrado.

BRUNO.

Qué importa! Una esposa tiene siempre derecho...

ISABEL.

Oh! no.

BRUNO.

Más cartas me tiene leidas tu madre!... Veamos.

ISABEL.

Nunca, nunca.

BRUNO.

Entonces ¿cómo quieres saber...

ISABEL.

Se lo daré yo misma á Luis, y estoy segura de que lo abrirá en mi presencia. (Guarda el paquete.)

BRUNO.

Es igual... Dónde está tu marido?

ISABEL.

No sé. Creo que se ocupa de la venta de sus cuadros, que debe tener lugar esta tarde en ese Martillo de enfrente. Ah! No sabe usted que por fin ha encontrado una colocacion?

BRUNO.

De veras? Conque ya trabaja? Y te ha dicho qué colocacion?

ISABEL.

No señor. Desde el momento en que me entregó las cuentas, no nos hemos hablado arriba de veinte palabras.

BRUNO.

El tiene buenas relaciones! Apostaria á que le han nombrado di-

rector de alguna sociedad ó administrador de algun ferro-carril. No puede por menos... Su posicion social.. al fin es un título...

ISABEL.

Ah! Conque usted cree que la posicion social...

BRUNO.

Toda ocupacion es honrosa; pero hay que vivir con el mundo... Pobre muchacho! Quiero hacer las paces con él!

LUIS (Dentro.)

Catorce cartas... Que son urgentes!

ESCENA IV.

DICHOS.—DON LUIS.

Aparece don Luis con aire distraido; anteojos azules, y una capa corta; lleva una gran cartera debajo del brazo y un paraguas. Entra en la escena, dá tres ó cuatro pasos y se acerca á la mesa; se pone un gorro de terciopelo y unos mangotes; saca varios papeles y los examina.

ISABEL.

Luis!...

BRUNO.

Hola! Qué es de usted? No se le vé por ninguna parte.

LUIS.

Estoy muy ocupado!... no tengo lugar para nada!

ISABEL.

Papá!... Desearia quedarme sola con él.

BRUNO.

Comprendo: quieres... para tener una explicacion? Pero sé indulgente. Ya ves que ahora trabaja. Caballero...

LUIS (Sin volverla cabeza.)

Usted perdone. (Absorto en la lectura de los papeles.)

BRUNO.

Le dejo á usted con Isabel... Tiene que hablar con usted...

LUIS

Ahora es imposible... Estoy examinando un catastro...

BRUNO.

Sin embargo, mi hija...

LUIS.

Discúlpeme usted con ella. Una ocupacion preferente...

BRUNO.

Las ocupaciones no deben impedir á un marido hablar con su esposa.

LUIS.

Segun las que sean.

BRUNO.

Cuáles son las de usted?

LUIS.

Las mias, ya las sabrá usted, y se quedará estupefacto.

BRUNO.

Con que es tan buena su colocacion?

LUIS.

Un poco afanosa.

BRUNO.

Hay mucho que hacer?

LUIS.

Hum!... Mi trabajo no tiene límites. (Como para sí mismo consultando los papeles.) Este negocio es muy árduo... Debe estudiarse con detenimiento... Las eventualidades... Sí, sí; ante todo, es preciso calcular las eventualidades.

BRUNO (Con curiosidad.)

Calculemos las eventualidades.

LUIS (Cubriendo los papeles y poniéndose la pluma detrás de la oreja.)

Ah! se me habia olvidado. He convidado á comer á un alto empleado de mi...

ISABEL.

Bien hecho.

LUIS.

Don Tadeo Buscon.

BRUNO.

Es el presidente, quizá?...

LUIS (A Isabel.)

Si tuviese usted la bondad de disponer...

BRUNO (A su hija.)

Al instante.

Luis (A don Bruno.)

Será de mi cuenta el aumento.

Isabel.

Luis!..

Luis.

Hablaba con su apoderado de usted.

Bruno.

Quiere usted callar! No vale la pena... y entre parientes...

Luis.

Agradeceré en el alma que le reciban ustedes de una manera afectuosa. De él depende mi porvenir.

ESCENA V.

Dichos.—ENRIQUETA.

Enriqueta.

Buenos dias, papá. Aquí tienes el *Diario*.

Bruno.

Veamos los cambios.

Enriqueta.

No. Los jabones.

Isabel.

Y á tí, qué te importa?...

Enriqueta.

Es cierto que van á bajar?

Bruno.

Al contrario: hoy deben subir.

Enriqueta.

De veras?

Bruno.

Mira. Cuatro por ciento de subida.

Enriqueta (Aparte.)

Y el pobre Adolfo que ha vendido!...—Pero no le ha dicho usted á ese Sr. Farándula que el alza era cosa segura?

BRUNO.

Así es.

ENRIQUETA.

Y no dice usted siempre cuando trata de esto, lo contrario de lo que se presume?

BRUNO.

A todo el mundo; pero como Farándula es mi amigo... y pronto deberá ser mi yerno...

LUIS.

Eh?

ISABEL.

Cómo?

ENRIQUETA.

Qué dice usted?

BRUNO.

Es cosa resuelta.

ENRIQUETA.

Yo esposa de ese hombre? Jamás.

BRUNO.

He cerrado ya el trato, y te casarás con él.

ENRIQUETA.

Nunca, nunca.

LUIS.

La oposicion de Enriqueta es muy justa. Ha mirado usted bien á ese hombre? Es un comerciante de tramoya, que pide prestados al cogote los cabellos con que adorna su frente.

BRUNO.

Pero es una de las firmas de más crédito de Barcelona...

ENRIQUETA.

Yo no me voy á casar con su firma.

BRUNO.

Niña!...

ENRIQUETA.

Lo dicho. No me caso con él. Ya lo sabe usted.

PEDRO (Anunciando.)

La señora condesa de Carvajales.

ESCENA VI.

DICHOS.—LA CONDESA.

ISABEL.

La Condesa!

ENRIQUETA (Aparte á Isabel y Luis.)

Viene á hacer la peticion.

LUIS (Aparte.)

Pues llega á buen tiempo.

CONDESA.

Señores...

ISABEL.

Usted buena? Aun cuando nos vimos ayer... Y su hermano de usted?...

CONDESA.

El me ha dicho que esperaba usted mi visita.

ENRIQUETA.

Es verdad, es verdad... (Aparte á la Condesa.) Nada de peticion.... Hay mudanza.

CONDESA (Bajo.)

Cómo?

ISABEL (Bajo á la Condesa.)

Hay mudanza.

CONDESA (Aparte.)

Estoy haciendo bonito papel. Cuando vea á mi hermano!

LUIS.

Es cierto que ha comprado usted una quinta magnífica?

CONDESA.

Magnífica, no; pero á mí me parece muy bella.

LUIS.

Quisiera saber si la tiene usted ya asegurada.

ISABEL.

Qué pregunta!

CONDESA.

No sé. Mi administrador es quien corre con esos detalles. Es probable que no lo esté aun: ayer se firmó la escritura de venta.

LUIS.

Entonces suplico á usted que no se comprometa con nadie, y que me dé la preferencia.

TODOS.

La preferencia!

BRUNO.

Qué está usted diciendo?

CONDESA.

A usted, caballero?

LUIS (Con charlatanismo.)

Si señora: la sociedad de que yo soy corredor, ofrece más ventajas y mayor seguridad que ninguna de Europa. Asegura las propiedades, ya sean muebles ó inmuebles; toda clase de efectos, las futuras cosechas, la colocacion de las solteras, el desarrollo físico y moral de los hijos, la belleza, la salud y la vida. Hay seguros á prima fija, que puede llegar á ser mútua ó mixta: esta es la mejor. Los tenemos tambien á reembolso diferido: lo que es más seguro. Seguros proporcionales, simples, dobles, triples...

CONDESA (Interrumpiéndole.)

Ya estoy enterada!

BRUNO.

Señor don Luis!...

LUIS.

Perdone usted, mi querido suegro. Hablo el lenguaje de los negocios. Réstame añadir que de este centro, cuya inteligencia y moralidad garantizan los nombres más ilustres de España, dependen y se derivan otras muchas empresas: como La Paternal, La Maternal, La Fraternal, La Previsora, La Humanitaria, El Fénix, El Sol, La Luna, Las Estrellas...

CONDESA.

Basta, basta. (Estalla en una carcajada sin poderse contener.) Señor de Figuerola, estoy convencida: puede usted entenderse con mi administrador.

LUIS.

Gracias, señora. Tendré el honor de ir mañana á su casa á las cinco...

CONDESA.

De la madrugada?

LUIS.

De la madrugada.

CONDESA.

No me comprometo á recibirle á usted á esa hora.

LUIS.

Esperaré á que usted se levante.

CONDESA.

Señoras... Caballeros... (Se despiden todos.)

ENRIQUETA (Bajo á la Condesa.)

Voy á acompañar á usted hasta la puerta: tengo que hablarla. (Vanse las dos.)

ESCENA VII.

D. BRUNO.—ISABEL.—D. LUIS.

ISABEL.

Supongo que todo lo que usted ha dicho... habrá sido una broma?

LUIS.

No tal.

BRUNO.

Conque ese señor don Tadeo es...

LUIS.

Corredor de seguros.

ISABEL.

Lo mismo que usted?

LUIS.

Casi, casi...

BRUNO.

Cómo?

LUIS.

Yo estoy un gradito por debajo de él en la escala industrial.

BRUNO.

Y ha tenido usted valor para aceptar un puesto de tan poca importancia?

LUIS.

Ya lo creo! cuando la cosa urge no hay más que cerrar los ojos, y... Habia puesto en juego todas mis relaciones sin otro fruto que promesas y escusas, de manera que fué necesario atrapar lo primero que se presentó. Ahora puedo esperar. Entre tanto, mi posicion es independiente, honrosa... hasta higiénica: no tengo que esperar la mesada, me pagan mi corretage en el acto; hago mucho ejercicio... Esta mañana he asegurado á todos sus amigos de usted.

BRUNO.

Cómo! usted mismo?

LUIS.

En persona. Solo el señor de Pallete me ha proporcionado una ganancia de treinta reales, sin contar la propina.

BRUNO.

Se está usted deshonrando!

LUIS.

A nadie deshonra el dinero que gana con el sudor de su frente.

ISABEL.

Ah! Luis, Luis!

BRUNO.

Esto es vergonzoso!

LUIS.

Y por qué? Cada uno vive de lo que come, y come de lo que trabaja.

ISABEL.

Luis, tenemos que hablar.

LUIS.

El domingo despues de las doce. Hoy es dia de trabajo... tengo que poner unas minutas... Con permiso de ustedes. (Recoge los papeles y vase.)

ESCENA VIII.

D. BRUNO.—ISABEL.

ISABEL.

Qué dices de esto, papá?

BRUNO.

Qué quieres que te diga! Yo no le he aconsejado que tome esa plaza.

ISABEL.

Eramos tan felices! Nos amábamos tanto! Ya no tengo marido!...

BRUNO (Aparte.)

Está llorando! Voy creyendo que he hecho mal en venir á Barcelona.

ISABEL.

Tú tienes la culpa de todo.

BRUNO.

Yo?

ISABEL.

Tú, que no comprendes que se pueda vivir sin trabajar.

BRUNO.

El trabajo es la clave de la bóveda del edificio social.

ISABEL.

Y qué peligro corre el edificio social porque un marido se coma tranquilamente sus rentas al lado de la mujer que ama?

BRUNO.

La sociedad es un navío...

ISABEL.

En un navío hay tambien pasageros que pagan, y que no hacen otra cosa que comer y dormir.

BRUNO.

Sí... hay pasageros... pero eso no impide...

ISABEL.

Me abandona! Huye de mí!

BRUNO.

Por qué no haces las paces con él? por qué no vas á pedirle perdon?

ISABEL.

Si fuera inocente!

BRUNO.

Inocente! No tienes en tu poder una prueba?

ISABEL.

Es verdad! (Saca el paquete y lo contempla.)

BRUNO (Viendo venir á D. Luis.)

Ya vuelve. Reconcíliate con él, si es tu gusto... Por mí no lo dejes de hacer: quedas en libertad. (Váse.)

ESCENA IX.

ISABEL.—D. LUIS.

ISABEL (Aparte.)

Acabemos de una vez! (Alto.) Luis...

LUIS.

Señora!

ISABEL.

Mi padre debia entregar á usted este paquete, y yo me he encargado...

LUIS.

A mí?

ISABEL.

De parte de la bailarina.

LUIS.

Ruego á usted que lo abra.

ISABEL.

Cómo! Usted desea..,

LUIS.

Lo mando.

ISABEL (Rompe el sobre.)

Hay un estuche y con él una carta.

LUIS.

Puede usted leerla.

ISABEL (Leyendo.)

«Caballero, acabo de recibir la visita de su padre impolítico. Me »ha ofrecido mil reales porque le restituya su yerno: y he preferido »devolvérselo gratis, con su calva efíjie por añadidura.»

LUIS.

A ver! quiero conocerme. (Toma el retrato.) Cómo! Eduardo!

ISABEL.

El señor de Farándula!

LUIS.

Conque era él? Ah! infame!

ESCENA X.

DICHOS.—PEDRO *y luego* DON EDUARDO.

PEDRO.

El señor don Eduardo Farándula.

LUIS.

Llega á tiempo. Isabel, tengo el honor de presentarte á mi amigo Eduardo. (Enseñándola el retrato.) Mírale bien.

ISABEL (Aparte y con mucha alegria.)

No hay duda.

EDUARDO (Bajo á Isabel.)

Quisiera quedarme solo con él.

ISABEL.

Luis!...

LUIS.

Déjanos. (Acompaña á Isabel hasta la puerta.) Me alegro mucho de verte. Has descubierto ya la persona que ha tomado mi nombre?

EDUARDO (Aparte.)

Es preciso desorientarle. (Alto.) Sí, chico; por fin le he encontrado!...

LUIS.

Ah!

EDUARDO.

Es un andaluz.

LUIS.

Qué me cuentas!

EDUARDO.

Me fuí derecho á él... Es el señor don Luis de Figuerola á quien tengo el disgusto de hablar? Le dije.—Sí señor!.. me respondió.—Está usted seguro?—Caballero!...—Ni una palabra más... Usted no es don Luis.—Se encolerizó, y yo entonces le dí una bofetada de esas que no se devuelven.

LUIS.

Y luego?

EDUARDO.

Esta mañana, al romper el dia, se encontraron dos hombres al pié del monte de San Gervasio, y allí, entre los árboles, con el pecho descubierto hasta la cintura, los ojos inyectados de sangre, la faz alterada por la cólera, empuñaron los sables...

LUIS.

Qué horror!

EDUARDO.

El combate fué largo, terrible, sangriento... Yo tuve la fortuna de marcar un golpe á la pierna, mi contrario acudió á la parada, se descubrió, y...

LUIS.

Le has muerto?

EDUARDO.

Bis! Le ensarté como á un cochinillo.

LUIS.

Noble y valiente Eduardo! Cómo podré pagarte?...

EDUARDO.

Guardando el más profundo secreto. Ya ves! Un comerciante metido á duelista!...

LUIS.

Pero estás bien seguro de haberle matado?

EDUARDO.

Sin duda.

LUIS.

Infeliz! Has muerto al inocente! El verdadero culpable existe.

EDUARDO.

Luego hay otro! Ya sé lo que tengo que hacer. Adios.

LUIS (Deteniéndole.)

Espera! Tú ya te has engullido á uno ántes de almorzar ; yo estoy en ayunas, y me quiero entender con el otro.

EDUARDO.

Detente : no más sangre. Si tú supieras cuánto pesan los remordimientos!...

LUIS (Sacando el retrato.)

Aun cuando le mate, nada se pierde. Es tan feo! Hé aquí su retrato.

EDUARDO (Aparte.)

Mi retrato!

LUIS.

No crees que le debo matar?

EDUARDO.

Yo... las apariencias... (Cambiando de tono y en ademan de escaparse.) Adios, amigo mio.

LUIS (Sujetándole violentamente.)

Quieto!

EDUARDO (Arrodillándose.)

Compasion!

LUIS.

Eres un miserable!

EDUARDO.

Piedad!

LUIS.

No te mato, porque acabo de recobrar el cariño de mi esposa!..

EDUARDO.

Oh! gracias. (Levantándose.)

LUIS.

Pero huya usted para siempre de mi vista.

ESCENA XI.

DICHOS.—ENRIQUETA.

ENRIQUETA.

Sr. Don Eduardo...

EDUARDO.

Ciertamente... señorita... los negocios... Me esperan en Lóndres. Tengo el honor...

ESCENA XII.

ENRIQUETA.—LUIS.

ENRIQUETA.

Se marchó!

LUIS.

Y para no volver.

ENRIQUETA.

Cuánto me alegro! Voy á decírselo á Adolfo. (Váse.)

LUIS.

Y yo á arreglar mis asuntos.

ESCENA XIII.

LUIS.—ISABEL.

ISABEL.

Dónde vas, Luis?

LUIS.

A las oficinas de la empresa. Tengo que asegurar una barca...

ISABEL.

Quisiera pedirte un favor.

LUIS.

Cuál?

ISABEL.

Toma.

LUIS.

La llave de la caja?

ISABEL.

Aquí no debe haber más amo que tú...

LUIS (Rechazándola.)

Señora!

ISABEL.

Quieres que te la presente de rodillas?

LUIS.

Isabel, tu padre me ha hecho sentir todo lo humillante de mi po—

sicion. Tú eres rica, yo pobre, y no volveré á hacerme cargo de tus intereses, hasta que haya adquirido la fortuna necesaria para poder vivir con independencia y decoro.

ISABEL.

Mi padre, lo mismo que yo, hemos reconocido nuestro error. No merezco que me perdones?

LUIS.

Isabel, yo te perdono; pero no acepto esa llave.

ISABEL.

Luis!

LUIS.

Es mi última resolucion.

ISABEL Aparte.)

Por fortuna, papá me ha ofrecido remediar el daño que ha hecho.

ESCENA ULTIMA.

DICHOS.—DON BRUNO.—*Luego* ENRIQUETA.—PEDRO , *y luego* LA CONDESA *y* ADOLFO.

BRUNO.

Aquí está la nota del Martillo. Pronto se ha terminado la venta.

LUIS (Tomando el papel.)

Mis pobres cuadros!

ISABEL.

A ver.

LUIS.

Veamos. (Leyendo.) «Por una Santa Familia, escuela de Rafael, trescientos ochenta reales.»

ISABEL (Aparte á D. Bruno.)

Papá! (D. Bruno permanece inmóvil.)

LUIS.

Más vale el marco. (Sigue leyendo.) «Una Venus del Ticiano... cuatrocientos.»

ISABEL (Aparte á D. Bruno.)

Pero, papá!

BRUNO.

Las artes están en una completa decadencia.

LUIS (Suspirando.)

«Una pipa turca de espuma de mar, cuarenta mil reales.» (Asombrado.) Qué? Será equivocacion?...

ISABEL (Con alegría abrazando á su padre.)

Ah!

BRUNO.

Segun parece, son más estimadas las pipas que los cuadros de Rafael.

LUIS (Repasando la nota.)

«Por varias escopetas, dos pistolas de tiro, un juego de florete, un acordeon y una petaca de piel de Rusia, doscientos mil reales.»

BRUNO (A Isabel.)

No he pujado más que las cosas útiles.

LUIS.

Esto es incomprensible!

BRUNO.

Habria entre los postores algun inglés estravagante!.. (Vá á sacar el pañuelo y deja caer del bolsillo una petaca de piel.)

LUIS (Recogiéndola.)

Tome usted... Pero qué veo? Mi petaca! Ah! señor don Bruno! Todo lo comprendo!

BRUNO.

No he sido yo quien!.. Yo no fumo... Alguno me la habrá metido en el bolsillo.

PEDRO (Anunciando.)

La señora Condesa de Carvajales!

ISABEL (Aparte.)

Gracias á Dios que llega á buen tiempo una vez!

CONDESA (A Isabel y Enriqueta.)

Hay mudanza?

ENRIQUETA.

No.

CONDESA.

Señor don Bruno...

BRUNO.

Señora.

CONDESA.

Mi hermano ama á su hija Enriqueta, y vengo á pedirle su mano.

BRUNO.

Cómo!

ADOLFO.

Ya soy comerciante! Ayer he perdido treinta mil reales en los algodones, y hoy casi otro tanto en jabon.

ENRIQUETA.

Ya ves, papá, que...

BRUNO.

No le felicito á usted por su entrada en el comercio. Señora Condesa, mucho nos honraria la alianza que me propone; pero he girado la mano de mi hija á favor de don Eduardo Farándula para fin de mes, y...

LUIS.

Eduardo, parte hoy para Londres.

BRUNO.

Imposible!

LUIS (A don Bruno.)

El de la bailarina... era él.

BRUNO.

Cómo! La casa de Farándula! qué horror! (A Adolfo.) Amigo mio: puesto que usted trabaja....

LUIS.

Aun cuando pierda sesenta mil reales en dos dias...

BRUNO (Aparte.)

Efectivamente: al cabo del año... (Alto.) Pero no importa. (A Adolfo.) Deme usted esa mano.

ADOLFO.

Señor!...

BRUNO.

Tambien es pulida! Le acepto por yerno.

ADOLFO.

Es posible!

BRUNO (Llevándole aparte.)

Con la condicion de que no ha de volver usted á meterse en negocios.

ADOLFO (Asombrado.)

Cómo!

BRUNO.

Chit! (Alto.) Y acordaos, hijos mios, que el trabajo es la clave de la bóveda del edificio social.

LUIS.

Por supuesto! (Aparte.) Esta noche hago dimision de mi plaza.

BRUNO (A Luis y á Adolfo.)

Venid acá. (Tomándoles las manos.) Qué manos!... Por fortuna las mias...

LUIS.

Bastan para cubrir á toda la familia.

Señores, yo no opino
como mi padre:
ni amo las manos chicas,
ni ódio las grandes:
todas me agradan,
cuando alegres las miro
batir las palmas.
¡Ea, pues, lindas manos
del sexo bello,
y vosotras viriles
del otro sexo,
si no os enfada,
el regalo de boda
dadme en palmadas!

FIN.

Habiendc examinado esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.

Madrid 25 de Enero de 1860.—El Censor de Teatros, *Antonio Ferrer del Rio.*

PUNTOS DE VENTA EN MADRID.

Cuesta, calle de Carretas.
Gaspar y Roig, calle del Príncipe.
Durán, calle de la Victoria.

EN PROVINCIAS.

En casa de los comisionados del Centro General de Administracion, y en las principales librerías.